

- 1) **Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena**
- 2) **Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria**

Promedia ya el Adviento, pronto comenzaremos la novena de Navidad, el comienzo del año litúrgico en un tiempo que introduce de lleno al Misterio de la Fe, exige por un lado dejar, purificar la carga tediosa del año que se va, desgarrar todo lo que no permita ingresar en vivacidad y alegría al nuevo camino que comienza, prepararnos mejor para subir un nivel mas en la fe, esperanza y caridad en el espiral hacia arriba que nos propone el ritmo de la fe en el año litúrgico.

¿Cómo vamos realizando este propósito? De despojarnos del cansancio para un mirar nuevo, mejor.....

#### **ORACION COLECTA**

*“Dios y Padre nuestro,  
Que acompañas bondadosamente a tu pueblo en la fiel espera del nacimiento de tu Hijo,  
Concédenos festejar con alegría su venida y alcanzar el gozo que nos da su salvación”*

*P.N.S.J, tu Hijo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.*

(la formulación de esta oración está tomada del nuevo Misal traducido y editado para Argentina)

- 
- 
- 3) **Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla**

**Lc 3,2b-3.10-18**

*¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!*

- 
- 
- 4) **La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?**

- 
- 
- 5) **Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje**

Juan Bautista proclamaba en voz alta lo que muchos sentían en aquel momento: hay que cambiar; no se puede seguir así; es necesario volver a Dios. Algunos se acercaron y preguntaron ¿qué podemos hacer?

Por muchas llamadas de carácter político o religioso que se escuchen en una sociedad, las cosas solo empiezan a cambiar cuando hay personas que se atreven a enfrentarse a su propia verdad, dispuestas a transformar su vida: ¿qué podemos hacer?

El Bautista tiene las ideas muy claras. No les invita a acudir al desierto a vivir una vida ascética de penitencia, como él. Tampoco les anima a peregrinar a Jerusalén para recibir al Mesías en el templo. La mejor manera de preparar el camino a Dios es, sencillamente, trabajar por una sociedad más solidaria y fraterna, menos injusta y violenta.

Juan no habla a las víctimas, sino a los responsables de aquel estado de cosas. Se dirige a los que tienen dos túnicas y pueden comer; a los que se enriquecen de manera injusta a costa de otros; a los que abusan de su poder y de su fuerza.

Su mensaje es diáfano: no se aprovechen de nadie, no abusen de los débiles, no vivan a costa de otros, no piensen solo en su bienestar: el que tenga dos túnicas, que dé una al que no tiene; y el que tenga comida haga lo mismo. Así de simple. Así de claro.

Aquí termina nuestra palabrería. Aquí se desvela la verdad de nuestra vida. Aquí queda al descubierto la mentira de no pocas formas de vivir la religión. ¿Por dónde podemos empezar a cambiar la sociedad? ¿qué podemos hacer para abrir caminos a Dios en el mundo? Muchas cosas, pero nada tan eficaz y realista como compartir lo que tenemos con los necesitados.

La palabra del Bautista tocó el corazón de las gentes. Su llama a la conversión para iniciar una vida más fiel a Dios despertó en muchos una pregunta concreta: ¿qué podemos hacer? Es la pregunta que brota en nosotros cuando escuchamos una llamada radical y no sabemos cómo concretar nuestra respuesta.

El Bautista no les propone ritos sagrados, tampoco normas ni preceptos. Lo primero no es cumplir mejor los deberes religiosos, sino vivir de forma más humana, reavivar algo que está ya en nuestro corazón: el deseo de una vida más justa, digna y fraterna.

Lo más decisivo es abrir nuestro corazón a Dios mirando atentamente a las necesidades de los que sufren. El Bautista resume su respuesta con una fórmula genial por su sencillez y verdad: el que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida haga lo mismo.

¿Qué podemos decir ante estas palabras quienes habitamos en un mundo donde más de un tercio de la humanidad vive en la miseria, luchando cada día por sobrevivir, mientras nosotros seguimos llenando nuestros armarios con toda clase de túnicas y tenemos nuestros almacenes repletos de alimentos?

¿Y que podemos decir los seguidores de Jesús ante esta llamada tan sencilla y tan humana? ¿No hemos de empezar por abrir los ojos de nuestro corazón para tomar conciencia de que vivimos sometidos a un bienestar que nos impide ser más humanos?

Los cristianos no nos damos cuenta de que vivimos cautivos de una religión burguesa. El cristianismo, tal como nosotros lo practicamos, no tiene fuerza para transformar la sociedad del bienestar. Al contrario, es esta la que está vaciando nuestro seguimiento de Jesús de valores tan genuinos como la solidaridad, la defensa de los pobres, la compasión o la justicia.

Por eso hemos de agradecer el esfuerzo de tantas personas que se rebelan contra este cautiverio, comprometiéndose en gestos concretos de solidaridad y cultivando un estilo de vida más sencillo, austero y humano. Nos recuerdan el camino que hay que seguir.

Los medios de comunicación nos informan cada vez con más rapidez de lo que acontece en el mundo. Conocemos cada vez mejor las injusticias, miserias y abusos que se cometen diariamente en todos los países.

Esta información crea fácilmente en nosotros un cierto sentimiento de solidaridad con tantos hombres y mujeres, víctimas de un mundo egoísta e injusto. Incluso puede despertar un sentimiento de vaga culpabilidad. Pero, al mismo tiempo, acrecienta nuestra sensación de impotencia.

Nuestras posibilidades de actuación son muy exiguas. Todos conocemos más miseria e injusticia que la que podemos remediar con nuestras fuerzas. Por es difícil evitar una pregunta en el fondo de nuestra conciencia ante una sociedad deshumanizada: ¿qué podemos hacer?

Juan Bautista nos ofrece una respuesta terrible en medio de su simplicidad. Una respuesta decisiva, que nos pone a cada uno frente a nuestra propia verdad. El que tenga dos túnicas, que las reparta.....

No es fácil escuchar estas palabras sin sentir cierto malestar. Se necesita valor para acogerlas. Se necesita tiempo para dejarnos interpelar. Son palabras que hacen sufrir. Aquí termina nuestra falsa buena voluntad. Aquí se revela la verdad de nuestra solidaridad. Aquí se diluye nuestro sentimentalismo religioso. ¿Qué podemos hacer? Sencillamente compartir lo que tenemos con los que lo necesitan.

Muchas de nuestras discusiones sociales y políticas, muchas de nuestras protestas y gritos, que con frecuencia nos dispensan de una actuación más responsable, quedan reducidas de pronto a una pregunta muy sencilla ¿nos atreveremos a compartir lo nuestro con los necesitados?

De manera ingenua creemos casi siempre que nuestra sociedad será más junta y humana cuando cambien los demás, y cuando se transformen las estructuras sociales y políticas que nos impiden ser más humanos.

Y, sin embargo, las sencillas palabras del Bautista nos obligan a pensar que la raíz de las injusticias está también en nosotros. Las estructuras reflejan demasiado bien el espíritu que nos anima a casi todos. Reproducen con fidelidad la ambición, el egoísmo y la sed de poseer que hay en cada uno de nosotros.

El amor es la energía que da verdadera vida a la sociedad. En toda civilización hay fuerzas que generan vida, verdad y justicia, y fuerzas que provocan muerte, mentira e indignidad. No siempre es fácil detectarlo, pero en la raíz de todo impulso de vida está siempre el amor.

Por eso, cuando en una sociedad se ahoga el amor, se está ahogando al mismo tiempo la dinámica que lleva al crecimiento humano ya a la expansión de la vida. De ahí la importancia de cuidar socialmente el amor y luchar contra todo aquello que puede destruirlo.

Una forma de matar de raíz el amor es la manipulación de las personas. En la sociedad actual se proclaman en voz alta los derechos de las personas, pero luego los individuos son sacrificados al rendimiento, la utilidad o el desarrollo del bienestar. Se produce entonces lo que alguien llamó la eutanasia de la libertad. Cada vez hay más personas que bien una no libertad comfortable, cómoda, razonable, democrática. Se vive bien, pero sin conocer la verdadera libertad ni el amor.

Otro riesgo para el amor es el funcionalismo. En la sociedad de la eficacia lo importante no son las personas, sino a la función que ejercen. El individuo queda fácilmente reducido a una pieza del engranaje: en el trabajo es un empleado, en el consumo, un cliente; en la política, un voto; en el hospital, un número de cama... En esta sociedad, las cosas funcionan; las relaciones entre las personas mueren.

Otro modo frecuente de ahogar el amor es la indiferencia. El funcionamiento de la sociedad moderna concentra a los individuos en sus propios intereses. Los demás son una abstracción. Se publican estudios y estadísticas tras los cuales se oculta el sufrimiento

de las personas concretas. No es fácil sentirnos responsables. Es la administración pública la que se ha de ocupar de esos problemas.

¿Qué podemos hacer cada uno? Frente a tantas formas de desamor, el Bautista sugiere una postura clara: El que tenga dos túnicas .....¿qué podemos hacer? Sencillamente compartir más lo que tenemos con aquellos que viven en necesidad.

A pesar de toda la información que ofrecen los medios de comunicación se nos hace difícil tomar conciencia de que vivimos en una especie de isla de la abundancia, en medio de un mundo en el que más de un tercio de la humanidad vive en la miseria. Sin embargo, basta volar unas horas en cualquier dirección para encontrarnos con el hambre y la destrucción.

Esta situación solo tiene un nombre: injusticia. Y solo admite una explicación: inconsciencia ¿Cómo nos podemos sentir humanos cuando a pocos kilómetros de nosotros hay seremos humanos que no tienen casa ni terreno alguno para vivir; hombres y mujeres que pasan el día buscando algo que comer; niños que no podrán ya superar la desnutrición?

Nuestra primera reacción suele ser casi siempre la misma: pero nosotros ¿qué podemos hacer ante tanta miseria? Mientras nos hacemos preguntas de este género nos sentimos más o menos tranquilos. Y vienen las justificaciones de siempre: no es fácil establecer un orden internacional más justo; hay que respetar la autonomía de cada país; es difícil asegurar cauces eficaces para distribuir alimentos; más aún movilizar a un país para que salga de la miseria.

Pero todo esto se viene abajo cuando escuchamos una respuesta directa, clara y práctica, como la que reciben del Bautista quienes le preguntan qué deben hacer para preparar el camino al Señor. El profeta del desierto les responde con genial simplicidad: El que tenga dos túnicas.....

Aquí se terminan todas nuestras teorías y justificaciones ¿Qué podemos hacer? Sencillamente no acaparar más de lo que necesitamos mientras haya pueblos que lo necesitan para vivir. No seguir desarrollando sin límites nuestro bienestar olvidando a quienes mueren de hambre. El verdadero progreso no consiste en que una minoría alcance un bienestar material cada vez mayor, sino en que la humanidad entera viva con más dignidad y menos sufrimiento.

Hace años esta yo por Navidad, un grupo de religiosos vió morir frente a su Parroquia en Ruanda a un niño por desnutrición mientras ellos estaban rezando; y se preguntaron ¿podemos los cristianos de Occidente acoger cantando al niño de Belén mientras cerramos nuestro corazón a estos niños de Ruanda?

No podemos ser felices solos; alegrarse significa también expandan la alegría. No hemos de esperar estar perfectamente sanos o de buen humor para sonreírle a alguien; una sonrisa puede ser un pequeño gran don, una luz que se enciende, una ventana que se abre.

El enemigo de la alegría no es el sufrimiento; es el egoísmo, la concentración en nosotros mismo, la ambición.

Sube a lo alto, cristiano, que llevas el mensaje de la alegría; sube por sobre ti mismo (cfr. Is 40,9-10); hay mucha gente esperando en tu camino ¡Qué el Señor manifieste su gloria, así veremos la alegría de uds. (Is 66,6)

---

---

## **6) En este momento, entreteniendo palabras, pensamientos, silencios MEDITAREMOS JUNTOS todo lo que Dios nos ha ido sugiriendo e incluso nos sugerirá ahora**

---

---

## **7) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga**

A cada intención respondemos

---

---

## **8) ACTUAMOS: podemos realizar un propósito de vida personal y/o comunitario**

- Tomamos conciencia ha de ser como Juan el Bautista, pensamos como cada uno, nuestras familias y nuestra comunidad puede reproducir una presencia profética tan impactante y decisiva, tan simple y tan contundente; nos decidimos y actuamos.
- ¿Qué tenemos que hacer? Es la pregunta que podemos y debemos compartir en familia y con nuestros amigos, a no achicarse para hacerla
- Generemos ambientes en donde podamos conversar y decidir cosas relevantes para nuestras vidas y nuestra sociedad. Acudamos a nuestro núcleo de amigos. A nuestros contactos. A nuestros conocidos sin vergüenzas, con urgencia
- Tratemos de formar cada uno un Grupo de Jesús convencido.

